

PABLO POVEDA

Algo ha cambiado para siempre en su vida y no puede volver atrás...



SILENCIO

UN THRILLER PSICOLÓGICO DE AMOR, MISTERIO Y SUSPENSE

Don se siente atrapado. Jamás se imaginó trabajando para otros, matando a cambio de libertad. Pero la situación es insostenible. Una nueva misión como agente especial le hará replantearse su destino. Continuar con una vida que lo destruye o rebelarse. Sin embargo, toda decisión tiene un precio y hay mucho que perder. No puede confiar en nadie. El silencio es su mejor aliado. La suerte está echada. El destino de Don va a cambiar para siempre.

El silencio es el ruido más fuerte, quizás el más fuerte de los ruidos.

Miles Davis

A ti, por todo.

CAPÍTULO UNO

Plaza de la Ciudad Vieja (Praga, República Checa)
1 de noviembre de 2016

Un enjambre de turistas transitaba por la vieja plaza del mercado de la ciudad. La mayoría, visitantes extranjeros, buscaban la foto perfecta delante de la torre del Reloj Astronómico, el reloj medieval más famoso del mundo.

El sol comenzaba su retirada. Eran las siete de la tarde y una gélida brisa soplabla por las terrazas que ocupaban la plaza, bajo la mirada de las coloridas fachadas de influencia gótica y Art Nouveau.

Sentado en una mesita del Caffè Italia, un restaurante que de italiano solo tenía el nombre, terminaba su agua con gas mientras clavaba la mirada en el edificio de tonos rojizos y pasteles que tenía en frente: la Národní Galerie.

Ricardo Donoso, vestido de traje y con un abrigo de tres cuartos de color negro, pidió la cuenta con un ademán de mano, mientras una pareja de británicos devoraba un codillo y saciaba su sed con dos cervezas Pilsner de medio litro.

La mujer atendía a la pantalla de su teléfono, mientras el hombre comía como si no existiera mañana.

Don los miró seriamente, hasta que la mirada del extraño se cruzó con la suya. La tensión se alargó unos segundos, obligando a que este dejara de masticar, pero el arquitecto no vaciló en retirarse.

Intimidado, el desconocido regresó a su plato con desaire y sin mediar palabra con la mujer que lo acompañaba.

Las religiones occidentales habían instaurado el concepto de que el cielo y el infierno no eran sino lugares a los que se iba una vez muerto.

Destinos como consecuencia de nuestras acciones en vida.

Sin embargo, Don tenía otra idea.

El arquitecto creía en el infierno como un lugar accesible, real, en el que la mayoría de las personas vivían, con suerte, en algún momento de sus vidas o, sin fortuna, para siempre.

Por esa misma razón, no podía sentir pena por nadie, ni siquiera por sus víctimas. La lástima no era más que una invención que postergaba la solución del problema.

Volvió a mirar al matrimonio. Ellos vivían atrapados, como él, en celdas distintas, pero en un mismo lugar.

De repente, atisbó un grupo de personas a la salida de la Galería Nacional. Era él, su objetivo estaba allí y debía ponerse en movimiento.

Un hombre alto, de tez bronceada, cabello oscuro peinado hacia un lado y barba frondosa, salía acompañado de dos mujeres esbeltas, otro tipo de piel más pálida y movimientos torpes.

Nicos Thalassinós, el cacique griego que los hombres de Vélez tenían en el punto de mira desde el inicio de la crisis económica. Tsipras había prometido destruir a los oligarcas que controlaban los medios del país, pero solo consiguió que nacieran nuevos. Cuando esto sucedió, Thalassinós apenas rozaba los cuarenta años, pero había aprendido rápido las reglas del juego. Su destreza en los negocios, heredada de su padre, un magnate náutico griego; le ayudaron a escalar rápido y adquirir un fuerte poder social y político.

Pero esa no fue la razón por la que los hombres de Vélez le habían encargado al arquitecto encontrar al griego.

Durante la crisis y las fuertes oleadas de inmigración que sufrió Grecia, el empresario se aprovechó de imagen

pública, donó millones de euros para ayudar a los refugiados y, entre las sombras, introdujo su garra aprovechándose de la desesperación humana y desarrollando una fuerte red de prostitución ilegal que llegaba hasta Portugal.

Un objetivo fácil, a simple vista, pero delicado.

Thalassinos conocía el precio de su cabeza, así como el del silencio de sus clientes más privilegiados.

El encargo de Don era simple: sacarle los nombres de los políticos europeos que le protegían de los tribunales.

Empero, nadie le indicó si debía quedar vivo.

Harto de esperar, introdujo la mano en el bolsillo del pantalón y dejó una moneda de cincuenta coronas en la mesa.

Se puso en pie, levantó las solapas del abrigo y caminó hacia el museo.

Cuando menos se esperaba, el cielo se teñía de rojo.

Un BMW de color negro los recogió frente a la entrada del edificio del Ministerio del Desarrollo Regional y se adentró por una estrecha calle empedrada. Don se aproximó a un viejo Mercedes de color blanco que se encontraba vacío y le pidió en inglés que siguiera al coche.

El conductor, un checo cercano a la jubilación, con fuerte olor a cigarrillos y una camisa blanca con cuadros, puso en marcha el contador y siguió la serpiente de coches que atravesaba la calle del casco antiguo.

—¿Italiano? —Preguntó el chófer mirando por el espejo retrovisor con una ligera sonrisa.

El arquitecto guardó silencio y dudó en contestar por diferentes razones. Aquel chófer solo pretendía ser amable, pero le era indiferente. El corazón bombeaba con tanta fuerza que podía sentirlo en la frente. Hacía tiempo que no lograba saciar la necesidad de matar. Despertarse cada mañana con la certeza de ser controlado, avivaba su deseo.

Por otro lado, le costaba horrores lidiar con ello en silencio desde que su relación con Marlena había progresado.

Lo más duro era aceptar que jamás podría contárselo. Ni a ella, ni a nadie. El silencio era su único aliado.

Siempre había un precio que pagar, pensó.

—Sí —respondió finalmente.

Podía haberle explicado que era español, pero eso solo lo exponía aún más, en cualquiera de las situaciones.

Ninguno de los dos hombres que estaba en ese vehículo conocía el final de aquella noche.

El taxista balbuceó algo en el idioma vecino, pero Don lo ignoró por completo.

Con la mirada siguió el trayecto del coche que iba delante. Los vehículos abandonaron el casco antiguo para alcanzar la ladera del río Moldava, que separaba la ciudad en dos, incorporándose a la Ludvík Svobody, una gran avenida de asfalto arropada por los aledaños del parque Lannova y los barcos atracados que funcionaban como locales de ocio en verano.

Don miró por la ventanilla y llegó a la conclusión de que, en cierto punto, todas las grandes ciudades eran iguales.

Aguardó silencioso, expectante por lo que iba a encontrar una vez se bajara del sedán.

Mantente concentrado, repetía la voz de Vélez en su interior.

Jamás creyó que el tono de aquel indeseable le resultara familiar.

El vehículo en el que viajaba el griego con sus acompañantes se detuvo en la entrada de un gran edificio rectangular iluminado y acristalado con espejo.

En lo más alto, luces rosadas alumbraban el cielo.

—Aha... —dijo el taxista mientras reducía la velocidad—. Hotel Hilton Prague, *ignore*.

En efecto, pensó el arquitecto.

Miró el contador y sacó un billete de doscientas coronas.

Acto seguido vio salir a su víctima junto a las dos mujeres. El otro tipo se quedó en el interior del coche. Dos obstáculos. Era parte del plan de Thalassinos.

Deshacerse de ellas no sería muy difícil.

—*Děkuji* —respondió el español haciendo uso de las palabras en checo que había aprendido para su viaje y le entregó el billete.

El taxista señaló al contador para explicarle que le había dado de más, pero Don levantó la mano.

—*Děkuji*... —murmuró asombrado gratamente sin rechistar.

Cuando vio cómo el empresario desaparecía tras la puerta giratoria del hotel, salió al exterior y cerró de un portazo el viejo coche alemán.

Decidido, caminó hacia el interior del edificio escuchando el ruido de la suela de sus zapatos bajo el gélido sosiego de la noche.

Así como por fuera el hotel parecía un bloque hermético, el interior revelaba el porqué de su forma. Era extraño, atípico y con un sobrecargado aspecto futurista, como si estar allí dentro perteneciera a otro lugar.

Don recordó algunas ciudades de Oriente Medio en las que los centros comerciales se convertían en auténticas pequeñas ciudades ficticias.

Suelo de mármol blanco, palmeras de decoración, luz tenue de tonos rosados y unas escaleras subían hasta la primera planta.

Los alrededores estaban formados por las ventanas interiores de las habitaciones, apiladas en torres blancas de más de diecisiete alturas.

Cuando el español alzó la mirada al firmamento, no vio más que un techo formado por vigas de hierro y una gran bola de acero dividida en láminas que formaba parte de la decoración.

Sin duda, un lugar estridente para los sentidos con un exceso de modernidad.

A lo lejos, vislumbró las tres figuras humanas caminar hacia los ascensores. Tomó aire y se dirigió hacia ellos. No temía que lo descubrieran, pues nadie sabía quién era él y por eso iba a realizar su trabajo con eficacia.

Cuando el ascensor llegó, las puertas se abrieron y el empresario esperó a que entraran las dos mujeres, ambas checas y más jóvenes que él. Entonces, las miradas de los varones se cruzaron por un instante.

Rápido, Don asintió e invitó a su víctima a que entrara, a modo de cortesía. Este lo agradeció con una mueca y el español le devolvió el gesto.

Lo que Thalassinos desconocía era que pronto le borrarían esa estúpida sonrisa de su rostro.

Cloud 9 Sky Bar, Hotel Hilton (Praga)

1 de noviembre de 2016

Desde lo alto del hotel se podía contemplar la ciudad encendida. Era un imagen hermosa, pensó, y no pudo evitar recordar aquel tumultuoso viaje a Riga, algunos años atrás.

Apoiado en la barra del bar esperaba a que le atendieran mientras no le quitaba el ojo al objetivo.

El local era alargado, informal pero acorde con la estética del hotel. Todo guardaba un aspecto pulcro y un aura violeta que ponía nervioso al arquitecto.

Un joven delgado y bien peinado se acercó hablándole en inglés.

Pidió un Manhattan y calculó que eso lo tendría ocupado unos minutos.

Después caminó hasta los baños. No tenía la menor duda de que Nicos Thalassinos se hospedaba en ese hotel. Ejecutaba una jugada ensayada, lo había visto antes. Incluso él, en otra época, también la había realizado.

Algunos jamás lo entenderían, pero Don sí, aunque no le importara lo más mínimo.

En ocasiones, a pesar de poder conseguir a la persona que se desee a golpe de contactos, dinero o poder, muchos tipos necesitan justificarse a sí mismos a través de la valía, sintiéndose hombres de verdad, regresando a lo más básico de sus instintos, como si en el mundo real sirviera de algo todo aquello.

Los baños eran amplios, espaciosos, decorados por marquesinas de color verde esmeralda. Se humedeció las manos y se refrescó el rostro antes de enfrentarse al espejo. Desde allí observó la escena. No había nadie más a su alrededor, solo él y su mirada.

Las cosas habían cambiado tras esa visita a Letonia, pero no demasiado. Tenía la sensación de haberse convertido en una rata que daba vueltas a la rueda, atrapado, repitiendo el ciclo una y otra vez.

Lugares similares, víctimas con un historial parecido, modos de operar idénticos. Ya no portaba un bisturí en el bolsillo de la americana, ni un arma con la que defenderse. No la necesitaba. Durante los últimos meses había recibido algunas nociones avanzadas de defensa personal, asalto silencioso y técnicas de espionaje secretas. Todo lo que había aprendido hasta el momento, no había sido más que parte de un entrenamiento básico.

Le habían intentado convencer de que era un privilegiado por disfrutar siendo un criminal y salir impune a cambio de algunos favores. Detalle que lo llevó a darse cuenta de que su enemigo era más grande y que le quedaba mucho por aprender de él.

No obstante, si antes lo hacía para saciar un antojo, una satisfacción personal, ahora era para saciar el deseo de otros mientras él buscaba su salida.

En ambos casos, nunca había dejado de ser una necesidad para sobrevivir.

Se secó las manos con una toalla de papel e introdujo la mano en el bolsillo del pantalón. Sacó el teléfono móvil y comprobó la pantalla.

Cero mensajes.

El reloj marcaba las nueve y media de la noche. Una hora temprana en España para según que cosas, pero adecuada en el resto de Europa para embriagarse de vino espumoso.

Programó el temporizador seis horas, que era el margen de tiempo del que disponía antes de regresar al aeropuerto y tomar su vuelo con destino a Madrid.

CAPÍTULO DOS

Plaza de España (Madrid)

4 de octubre de 2003

Habían salido a dar un paseo. Era sábado. El centro de Madrid gozaba de gente y el otoño todavía no se había manifestado con plenitud.

Bajo el crujido de las hojas secas que pisaban tras su paso, Ricardo caminaba en silencio junto a Amparo, su madre. A pesar de la diferencia de edad y el desgaste físico de la bebida, Amparo tenía un aspecto decente para mostrarse en público.

Ricardo la había sacado a regañadientes y tras una larga discusión, pero era fin de semana, no trabajaba y tampoco estaba dispuesto a ver cómo su madre se ahogaba lentamente en el cuarto de estar del apartamento.

Con los años, el problema con la bebida no había hecho más que acrecentarse. Una situación a la que el joven no encontraba arreglo.

En un principio, Ricardo pensó que había sido producto de la ausencia de su padre. Contradictorio, pero entendible. Amparo había vivido en matrimonio con el corazón partido, amando a un hombre enfermo que había convertido su vida en un calvario de palizas y vejaciones.

Ilusa, al final del día, al comienzo de cada mañana, siempre quedaba en su mirada la esperanza de que ese hombre hubiera cambiado de parecer. Las personas tienden tanto a idealizar a las otras que terminan convirtiéndose en pobres idiotas. Ricardo sabía esto, lo había observa-

do durante su niñez y no tardó en deshacerse de él creyendo que así liberaría a su pobre madre. Pero no pudo estar más equivocado.

Después vino aquel chico del Templo de Debod. Y con él una cuesta abajo a toda velocidad.

A pesar de que los asuntos más delicados del joven estaban bajo control, la piedra angular de su vida se moría lentamente.

Su madre lo sabía, conocía lo que le ocurría a su hijo y, puestos a elegir, Amparo había decidido darle la espalda a la verdad.

Simplemente, no podía soportarla.

Ella no había nacido para ser la heroína de nadie. Era demasiado doloroso aceptar que su hijo iba encaminado a convertirse en su padre.

Detenidos frente a la estatua de Miguel de Cervantes, Don miró a su madre desde lo alto, por encima de los hombros, y dibujó una sonrisa en su cara para avivar su mirada. Apagada, con la mirada hueca y profunda, Amparo sonrió como una frágil muñeca de porcelana. Vestida de negro a modo de luto, llevaba un conjunto de falda, blusa y medias del mismo color y se arropaba en una trenca oscura que su hijo le había regalado por su cumpleaños. Amparo era una mujer hermosa, de cabello oscuro, piel pálida y unos ojos de color azabache que se habían apagado con el tiempo. Él le agarró la mano y sintió sus dedos temblorosos y fríos.

—¿Estás bien, madre? —preguntó con voz serena y reconciliadora.

La mujer miró hacia el monumento del escritor.

El tráfico del fin de semana cruzaba la Gran Vía.

No importaba lo que ocurriera fuera si era incapaz de sonreír por dentro.

—¿Lo oyes, Ricardito? —contestó.

De repente, sonrió y levantó el dedo índice hacia el cielo.

—¿El qué? —preguntó él confundido y sorprendido por la aparente alegría de su madre.

—El silencio.

El arquitecto frunció el ceño. No le gustó la respuesta.

Sin más, la mujer se agarró al brazo de su hijo sin apartar la mirada de la estatua.

—Hay muchas cosas que sabemos de Miguel de Cervantes... —murmuró nostálgica—, y otras tantas que jamás llegaremos a conocer. Y, sin embargo, ahí está, callado, observándonos desde lo alto, reconocido por todo el planeta...

Ricardo miró al frente y buscó la manera de interpretar las palabras que escuchaba.

—No te sigo, madre.

—Silencio.

—Ya te he oído.

Y la mujer apretó el bíceps del arquitecto con la mirada fija y hueca en el escritor.

—El silencio nunca te traicionará, Ricardo —sentenció acercándose al chico—. Cobíjate en él y abrázalo fuerte cuando todo esté perdido.

Las sentencias tensaron la mandíbula del joven y sintió una corriente eléctrica que le recorrió la espina dorsal.

Después, la presión de los dedos sobre el brazo se desvaneció.

Él llenó los pulmones y colocó la mano sobre el hombro de su madre.

—Será mejor que nos vayamos —dijo y dieron media vuelta.

Ella tenía razón. El silencio era su mejor aliado. Lo había sido durante toda su vida. No obstante, sabía que el ser humano tenía problemas para mantener la boca cerrada. Y le preocupó que su madre estuviera a punto de abrirla.

Cloud 9 Sky Bar, Hotel Hilton (Praga)

1 de noviembre de 2016

Cinco horas restaban para que el vuelo con destino a Madrid saliera cuando Don aparcó el segundo Manhattan sobre la barra.

Frente a él, Oksana, una modelo ucraniana de cabello oscuro y lacio y con los ojos esmeralda como el agua de una playa paradisíaca, jugueteaba con la pajita de su mojito. Las esperas siempre eran así. Si iba a actuar, lo último que debía hacer era llamar la atención. Y no había nada más sospechoso para un criminal que un hombre solitario en la misma sala.

Flirtear con otras mujeres era parte de su juego.

Le gustaba conocer vidas ajenas, le ayudaba a entender la psicología femenina y le convertía en un experto detector de patrones. La ambición siempre conducía hasta límites insospechados.

Aunque no todas las personas eran iguales, muchas sí se comportaban de cierto modo cuando frecuentaban lugares concretos.

Ellos solían ser mayores que ellas, todos vestidos de traje, con cuerpos firmes y trabajados en el gimnasio y actuando bajo un impuesto carácter de altivez y superioridad.

Hombres de negocios, decían.

Salvo excepciones, la mayoría eran tipos que pasaban media vida en vuelos internacionales, asistiendo a las convenciones en representación de una empresa que les pagaba las dietas y un buen salario. Varones hechos a sí mismos que leían manuales de autoayuda comprados en aeropuertos; modelos de éxito ahogados por el estrés y los créditos que sustentaban una vida materialista y los caprichos que silenciaban la ausencia de afecto hacia sus parejas.

Por otro lado, ellas pretendían ser más sofisticadas.

Cuidadas hasta la médula, parecía no haber cabida para las damas mayores de treinta y cinco años. Don suponía que a esa edad, ya se habría alcanzado el propósito. Y es que, como Oksana, el amor era algo secundario a lo que una se podía acostumbrar con el tiempo. A diferencia de lo